

Los troncos de Bracho

CARLOS BRACHO

A Dionicio Morales, poeta, en sus
cuarenta años (no de vida, sino de escritor)
Villahermosa, Tabasco, Noviembre de 2005

TRANCO I

Estamos ya en febrero. Ya el humo de las fiestas ha pasado y la claridad empieza a hacer su arribo en nuestras vidas errantes. Bien. Suerte a todas en este año final del foxismo. Empezaré el año haciendo un modesto homenaje al poeta Dionicio Morales. aquí va:

Cuando Dionicio Morales dice: “Y ni cuenta nos dimos/ de cómo/ empezó todo/ ni de quién fue el primero/ en levantar/ la mano/ sobre/ el otro/ Y mírennos ahora/ sobre la tierra/ sí/ pero como los árboles/ que nacen/ y se mueren/ en el mismo lugar/ sobre/ la/ tierra. (Señales Congregadas, México, UNAM, 1993), es notorio el placer inicuo que la carne produce, y que él vive con la intensidad de poeta lúdico, loco, lujurioso lumpen, lámpara, latoso, lúcido, lucido, luciérnago, laberíntico,

lacerador, labrador, lagartón. Aquí. Ni duda cabe, es poeta de las “eles”

Luego en *Inscripciones y Señales* (1985) apunta el dardo y da en el vientre cuando el escritor expresa lo siguiente en el poema “Romance del Buscón”: “Nos vimos en el metro/ A una mirada tuya/ mi paso/ militante/ se detuvo/ Tus ojos/ negramente negros/ coincidían/ relámpagos/ soeces/ altaneros/ con los míos/ ¡Ah! qué lúbricas/ miradas/ Todavía recuerdo/

la palabra/ te quiero/ revoloteando/ el aire/ Cuando apareció un letrero/ con la palabra/ Revolución/ apresuré/ mis/ pasos/ hacia/ afuera/ Ahora voy por las calles/ incendiándolo todo/ con/ miradas.”

Y sí que la flecha hizo diana. Sí que la mirada llegó al fondo del alma. Sí que el amor en el cunduacanense es el leitmotiv de sus pasiones. Y lo negro de los ojos es la negritud del alma negra de Dionicio, sí, lo sostengo:

Nabí (ar. Profeta), nacáreo, naciente, nadador, naife (cierto diamante de calidad superior), naochero (piloto de la nave), narrador, náufrago, navegador, nectáreo, negador, negrero, neptunista (que atribuye a la acción del agua la formación de la corteza terrestre), nudista, novicio, novelero, notorio, nómada, nocturnino y nítido.



Lourdes Domínguez

Claro, las “enes” de estas palabras lo definen con certeza de lluvia tabasqueña.

Y qué pasa cuando en *El Alba Anticipada* (libro de los tiernos años de 1965): “Te fuiste tan de pronto/ cuando apenas mi noche maduraba./ No me diste el tiempo necesario/ de preparar tus cosas para el viaje./ Te fuiste de repente./ Aún persigo incansable con mis manos/ la nota vertical de tu sonrisa./ aún te busco incipiente por el tiempo/ y no te encuentro hombre, amigo, hermano de mis sueños clandestinos.

¿Dónde quedó tu paso, padre mío?/ ¿Qué cárcel subterránea te consume?/

¿A dónde fue la ruta de tus ojos?/ ¿Qué sol penetra la tierra que te cubre?/ ¿Qué brazos te cobijan desde entonces?

Lo que aquí pasa, lo que aquí el poeta sufre, el poeta llora, lo que el poeta lanza son sus penas al infinito, es por lo tanto el poeta de las “ies”:

Idílico, idolatra, implorador, ígneo, igualatorio, impaciente, iluso, iluminado, imberbe, incesable, incauto, incorregible, incorrupto, infatigable, irredento, iracundo, invocador, intimista, sobre todo intimista; intertropical, intenso e insumiso. Ni más ni menos.

En el libro *Retrato a Lápiz* (1990) nuestro poeta merece, en “*Biografía Marina*”, todas las “emes” del mundo:

“Desde mi infancia/ recuerdo el mar/ como un gran golpe de agua/ profundo interminable/ porque la vida/ viene de más allá/ de sus entrañas./ Mis ojos eran huérfanos/ de aquella luz/ cálida mojada/ en la suavidad/ de un pétalo/ de agua/ deshojado/ por la gracia marítima de Dios/ Mis ojos -digo-/ eran huérfanos/ pero la sal cárea/ hizo llover oscuridades/ olvidadas/ sobre su cauce abierto./ Como un terco animal/ domeñado/ cedí a sus reclamos/ y mis ojos/ -estos ojos-/ descubrieron veranos

enardecidos/ que se estrellaban/ en su rompeolas celeste./ Desde entonces/ en su orilla navego/ Un granito de arena/ –cualquiera–/ es tierra prometida/ y desde allí/ campeo tempestades/ oteo el horizonte// suelto amarras terrestres.

(Las nubes bajan al mar/ a bañarse en sus olas/ surcan aguas coléricas/ como cisnes de mar/ que acortan las distancias/ desmoronando alturas.) Después/ proa a la mar/ la vida transcurría/ El viento era una ráfaga azul/ que se mecía/ al vaivén de la luz/ El agua del cielo/ mojaba a veces/ las palabras secretas/ por nacer/ que guiaban el timonel/ hacia puerto ninguno./ Ahora/ sin vigía/ que atalaye la mar/ naufrago/ náufrago de mí mismo/ en sus profundidades/ Ahora que estos ojos/ –antes huérfanos–/ desportillan la luz/ sucumben asombrados/ en la fatuidad de sus aguas/ aleteo/ cualquier soplo de vida/ y me dispongo/ a vivir/ en su catedralicio/ cementerio.

Lo dicho, M de más, M de madurez, M de mucho: marino, mareante, marero (viento que viene del mar), mareador (que trueca la mala moneda por la buena), marítimo, marinante (que sirve a las maniobras de las embarcaciones), marinero, marinista (pintor de marinas), maremoto, marisma (tierra pantanosa que se inunda por las aguas del mar, Macebete (hombre de pocos años), mago y macanudo. Sí, la M de mejor.

Ahora voy con la “A”. La A que es la primera, la A que lo óptimo, es lo primogénito, lo que empieza, lo primario, lo primigenio:

“Corazón de Obsidiana” (también de Retrato a Lápiz):

“Amo esta piedra dura/ herméticamente cerrada/ esculpida a semejanza suya/ suave (con su mirada de perro sin dueño/ abandonado/ Amo su sencillez/ su manera de estar/ como si nada/ su sitio en la tierra/ (su manera de ser y estar)/ Amo esta piedra/ su asom-

bro eterno/ sus miles de ojos clandestinos/ su forma de edificar una ciudad/ (como ninguna) y otra ciudad/ (también como ninguna)/ Amo su corazón de obsidiana/ su dialéctica/ de la eternidad/ Amo su tristeza de siglos/ (que es la nuestra)/ su reunión de imágenes ciegas/ (que es la nuestra)/ su canto desollado/ (que es el nuestro)/ su manera de reproducirse/ quién sabe cómo/ De esta piedra/ amo/ los siglos que sobrevuelan en su entorno/ los vientos milenarios/ que la mecen/ en su lecho terrestre/ el cielo y el infierno/ que la nombran/ De esta piedra lo amo todo/ sus ojos ciegos su voz rocallosa/ su cuerpo inmóvil/ su peso solidario/ su espíritu petrificado/ su juventud/ su ancianidad/ La amo/ pese al dolor/ sangre y muerte que guarda/ en sus nostálgicas entrañas/ Ella sobrevivirá/ a todas las catástrofes/ que la mano –la diestra–/ de Dios/ inventa cada día/ Y por sobre todas las cosas/ amo/ su corazón de obsidiana/ que es contrapunto/ el incendiario corazón/ de México.

Amante, amoroso, amigable, alquímico, avizorador, auténtico, auriga, augurador, amartelado (exceso de galantería o rendimiento amoroso), amistoso, amigero, artífice, arrebatado, alucinador, acucioso, almirante, aluvial (de aluvión), alegórico, aguatero, agradecido, agasojoso, adelantado y acomedido. Sí, la “A” es otra vocal que al poeta le viene como anillo al dedo.

Dionicio Morales.

Poeta que sí es poeta, poeta que sí escribe poemas, poeta que sí sabe de poesía, poeta que pone vocales y consonantes en el alma de sus versos. Poeta que a las letras las toma, las revuelve en el aire estelar, les pone los colores, las empolva, las aglutina, las domeña, las bate y luego va poniendo, una a una, en la hoja, las pega al papel, cualquier día, cualquier momento, cualquier mes, si la tarea la hace en junio, el resultado es celestial. ■